

CAPÍTULO IV

REPÚBLICA DE CHILE

I

Discurso del Rector de la Universidad, D. Valentín Letelier, en la inauguración de las conferencias (1).

Señoras y señores:

Una de aquellas Universidades que mejor representan la cultura superior y el espíritu progresista de la Nueva España, se propuso hace tiempo, movida por feliz inspiración, estrechar sus relaciones de amistad con sus hermanas de América; y para realizar tan fraternal propósito, ha elegido de entre sus catedráticos á uno de aquellos que mejores títulos tienen para esperar de estos pueblos la más cordial acogida: tal es el Sr. D. Rafael Altamira y Crevea.

Pocos profesores hay en Europa cuya labor pedagógica y literaria sea más conocida en Chile que la del Sr. Altamira. Su *Historia de la Propiedad comunal*, su *Historia de España y de la civilización española*, su *Psicología del pueblo es-*

(1) Para lo relativo á mis trabajos en Chile, véase el *Informe* publicado en el cap. II.

pañol, etc., andan en mano de todos los amigos de tales estudios. A la vez sabemos, merced á su introducción á la *Historia del Derecho español*, que en su cátedra de Oviedo está renovando á fondo el estudio de esta importante rama de los conocimientos jurídicos, y nuestros historiadores no ignoran que de su obra magistral, *La enseñanza de la Historia*, ha dicho la crítica europea, que es la más acabada que se ha escrito sobre este capítulo de la Pedagogía.

A la admiración que por sus obras de fondo merece, se unen las simpatías que con su amistosa labor de revistero se ha captado. Desde una época en que todavía no podía imaginarse llegar á ser nuestro huésped, desde ha no menos de quince años, Altamira aparece empeñado en la noble tarea de establecer relaciones intelectuales entre España y América; y, con una benevolencia que le ha granjeado muchos corazones, ha dado cuenta en las revistas de nuestra vida política y de nuestra actividad literaria, pasando rápidamente por sobre los defectos de nuestras obras é insistiendo con bondadosa intención en sus méritos.

Como lo veis, señores, no es en Chile ningún desconocido el enviado de la Universidad de Oviedo. Prescindiendo de las muy cordiales relaciones epistolares que de años atrás ha cultivado con autores chilenos, él es un antiguo amigo de esta nación, un benévolo propagador de su cultura, un gran maestro de nuestros maestros.

Cuando en 2 de Enero de 1908 la Facultad de Leyes le discernió por unanimidad el título de miembro académico, sabía muy bien á quién confería tal distinción. Por eso no es de extrañar que, aun sin tener cuenta de la nobilísima misión que ha llegado investido, encontrara, desde que pisó el territorio chileno, manos amigas y espíritus afines, y que al penetrar en el recinto de esta Universidad, los universitarios hayamos sido víctimas de grata alucinación imaginándonos que veíamos entrar á un antiguo, querido y respetado compañero de labor, que después de haber vagado largo tiempo por tierras extrañas, tornaba á su propio hogar intelectual.

Conocida la persona del enviado, es el caso de preguntarle qué se habrá propuesto el Instituto ovetense al enviarnos esta misión; y en este punto me parece que no puede haber divergencia. Si hubiera dado las credenciales á cualquier extraño, cabría, por cierto, la duda; pero habiéndolas dado en realidad á uno de los nuestros, bien se adivina que el maquiavélico designio de aquella ilustre Universidad es conquistar por segunda vez á Chile, apoderándose de nuestros corazones, y, para evitar una nueva emancipación, atarnos para siempre con los vínculos indestructibles de una amistad desinteresada y sin recelos.

El maquiavelismo de aquella Universidad hermana se patentiza mejor en el hecho de haber elegido, para enviarnos esta misión, el preciso momento en que, según los políticos jeremíacos,

hemos llegado al último tramo de la decadencia del carácter nacional, cuando el pueblo chileno se siente sin vigor para rechazar esta nueva tentativa de conquista, cuando nuestras almas débiles sólo tienen alientos para regocijarse con la expectativa de las cadenas que nos esperan. ¿No es, señores, para desesperarse de la suerte de la patria?

Colocado en esta situación, creo que nada más cuerdo podemos hacer que empeñarnos en reportar de ella la mayor utilidad posible para el desenvolvimiento de la cultura nacional.

Por fortuna, la amistad del Instituto ovetense no es tan exclusivista que nos exija renunciar á la luz que recibimos de otras Universidades, ni tan celosa que pretenda obligarnos á desdeñar los afectos que otras nos han brindado.

Lo que la Universidad de Oviedo nos propone y nos pide es que no vivamos aislados los que nos hemos amamantado en los pechos generosos de una misma gran raza; es que nos unamos los que, por hablar una misma lengua, mejor podemos entendernos, á fin de cooperar más eficazmente á la obra común de la humana cultura.

Para alcanzar estos propósitos, no hay entidades mejor preparadas que las instituciones científicas; porque siendo la ciencia la obra más esencialmente colectiva que se debe al esfuerzo humano, el trabajo de las unas aprovecha á las demás, y sus conclusiones constituyen un patrimonio común é inagotable que la humanidad entera

puede gozar eternamente sin el menor peligro de desgaste.

Contra estas relaciones se ha solido aducir que ellas no reportarán provecho alguno á la América latina, porque á causa de su actual decadencia, España nada tiene que ofrecernos para ayudarnos á desarrollar nuestra cultura. Lo más singular es que esta objeción se ha formulado en la Península antes que en el continente americano, y por extraños antes que por los interesados. Pero es la verdad que no se puede sostener la actual decadencia de la hidalga, inteligente y esforzada nación, sino bajo la sugestión de las más absurdas preocupaciones. Formado nuestro criterio social por esas obras vulgares de Historia que no estudian más que la vida militar y los prohombres de los pueblos, somos muy propensos á creer que el triunfo en la guerra es por sí solo signo de progreso, que por sí sola la desgracia implica retroceso, y que irremediamente sobreviene decadencia cuando no florecen genios tan grandes como los de otros tiempos. Bajo el imperio de estas preocupaciones, nos imaginamos que un pueblo está en decadencia cuando se encuentra incapaz de ejecutar cualquiera de las obras que le legó el pasado; y lógicamente concluimos que, por el hecho de no existir ningún Cervantes desde el siglo xvii, no se puede sostener que España ha progresado literariamente.

Yo creo que, en realidad, no hay al presente

en la Península persona capaz de escribir un segundo *Quijote*. Pero es del caso preguntar si hay en Francia quien pueda escribir un segundo *Tartufo*, si hay en Alemania quien pueda escribir un segundo *Fausto*, si hay quien pueda escribir un segundo *Hamlet* en Inglaterra. También preguntaría yo si estas naciones han decaído desde que desaparecieron Molière, Shakespeare y Goethe. Preguntaría, por último, si aquellos grandes genios que escribieron la *Iliada*, la *Eneida*, la *Divina Comedia* y el *Quijote de la Mancha* y otras obras maravillosas, que los contemporáneos no pueden ni aun remedar, fueron capaces de componer el más elemental de los textos que el más modesto pedagogo redacta hoy para el uso de los escolares.

¡No, señores! La Sociología nos enseña otra cosa que lo que enseñan las Historias, que tan erradamente han educado nuestro criterio. Ella nos enseña que á cada tiempo corresponden sus hombres y sus obras, y que para apreciar la prosperidad y decadencia de las naciones, no debemos estudiar las circunstancias y los hechos meramente accidentales, como es el aparecimiento de grandes genios, sino la vida permanente de los elementos sociales.

¿Aumenta ó disminuye la población? ¿Decae ó prospera la industria? ¿Se fortifica ó se debilita el derecho? ¿Se suprimen ó respetan las libertades? ¿Se desarrollan ó se deprimen las tendencias democráticas? ¿Sirve bien ó sirve mal la litera-

tura á sus fines sociales y morales? ¿Se propaga y se desarrolla la ciencia, ó se desdeña la educación pública y el estudio del Universo? Estos son, á mi juicio, los problemas de carácter inductivo que debemos estudiar siempre que queramos determinar, sin peligro de graves errores, si una nación prospera ó decae.

Pues bien, señores; adoptado este criterio realmente científico, ¿quién podría afirmar razonablemente que desde los puntos de vista industrial, comercial, político, jurídico y aun literario y científico, no vale más la España de hoy que la de cualquier tiempo pasado desde la paz de Utrech adelante? ¿En cuál orden de su actividad no se nota evidente progreso? ¿De cuál de sus elementos sociales se puede decir que esté en decadencia? ¿No aumenta la población? ¿No se extiende el comercio? ¿No florece una literatura lozana y abundante que estudia todas las cuestiones sociales? ¿No se desarrollan y defienden los conocimientos científicos?

Yo sé muy bien, señores, que el aporte de España, así como el de cada uno de los pueblos hispano-americanos, al acerbo de la cultura general, es inferior en nuestros días al de cualquiera de las grandes naciones de Europa. Pero esta relativa inferioridad no es razón para que malgastemos nuestros esfuerzos en el aislamiento, sino al contrario, para que establezcamos en recíproco interés, á través de los Andes y del Atlántico, un gran comercio de mercaderías y de

ideas, de artefactos y de libros, de cosas y de hombres, de estudiantes y de maestros.

Para establecer vínculos tan interesantes, los pueblos hispano-americanos no tienen nada mejor que hacer que moderar sus pretensiones y dejarse de imitar á esos advenedizos, que apenas se ven encumbrados ya no quieren relacionarse más que con marqueses, duques y príncipes. Una amistad sincera, cordial, fundada en la doble comunidad del interés y de la sangre, vale más, mucho más que esas relaciones de grandes y pequeños, que no se desarrollan horizontalmente de igual á igual, sino en sentido vertical y abrumador, de alto á bajo.

Pero, señores, un poco á deshora noto que estoy razonando para justificar vínculos que jamás podríamos romper, aun cuando no encontráramos en toda la ciencia social razón alguna para mantenerlos. Seamos liberales ó conservadores, católicos ó racionalistas, los hispano-americanos no podemos renunciar, ni á las tradicionales de España que constituyen la base de nuestra cultura, ni á la rica lengua castellana que nos sirve de medio para aprovechar todos los tesoros de la antigüedad clásica y todas las promesas del espíritu nuevo, ni mucho menos á la sangre caliente, fecunda y generosa que agita nuestros corazones. Por más que admiremos la poesía de otras naciones, jamás encontraremos en ellas versos que halaguen y conmuevan nuestras almas tanto como los de Quintana y Espronceda, tanto

como los de Campoamor y Núñez de Arce. Si queremos estudiar en los libros la gran ciencia de la vida, ningún pueblo extraño puede ofrecernos un mejor silabario que la obra inmortal de Cervantes. Y para decirlo todo en dos palabras, nuestros soldados protestarán siempre con la más viva indignación si se pretende negar que descienden directamente del Cid por parte de padre ó por parte de madre, y todos, civiles y militares, sostendremos á pies juntillas que, dado el parecido de familia, debemos ser deudos cercanos de D. Quijote y de Sancho, personajes un poco menos históricos, pero mucho más reales que el Campeador.

Distinguidísimo colega: en nombre de la Universidad de Chile os doy la más cordial bienvenida, y para que vuestra permanencia en este país os sea particularmente grata, deseo sepáis que todos los chilenos, y en especial los universitarios, os recibimos en calidad de parientes.

II

El banquete de despedida.

Se celebró en el gran patio de la Universidad, con asistencia del Rector y Claustro, Gobierno, Cuerpo Diplomático, representantes del Ejército y la Marina, familias de la alta sociedad chilena, escritores, periodistas, significados individuos de la colonia española, estudiantes, etc.

1

Discurso del profesor D. Domingo Amunátegui Solar.

Ofreció la manifestación el profesor D. Domingo Amunátegui Solar, en los siguientes terminos:

El entusiasmo y el cariño con que hemos recibido á Altamira, los que ya le apreciábamos por sus libros y por sus cartas, eran de prever y no deben chocar á nadie.

Las ovaciones con que le aguardaba inquieta

la colonia española, tampoco han sido de extrañar, puesto que se dirigen á quien sobradamente adquirió derecho á ellas.

Los aplausos espontáneos y sinceros nacidos de personas que no conocían al benemérito catedrático de Oviedo, están llamados á resonar gratuitamente y á hacerle meditar en el alto significado y transcendencia que encierran.

Por sus méritos indiscutibles, por la importancia de su obra histórica y literaria, por su brillante actuación de maestro dentro y fuera de la Península, por su ingénita simpatía, Altamira ha despertado una verdadera explosión de sentimientos cariñosos, que se hallaban comprimidos en el alma chilena, acechando ocasión propicia para expandirse al sol de mediodía.

La razón de este triunfo es evidente.

Altamira no sólo representa para nosotros un escritor eximio, un abnegado maestro, un sabio historiador; sino también el heraldo de España, que nos trae el mensaje de mayor precio que podíamos esperar: tierno abrazo de una madre amante para el hijo creado en sus entrañas.

Con su afable actitud, con su aguda mirada, con su habla genuinamente castiza, nuestro distinguido huésped ha descubierto toda la atracción irresistible que ejerce sobre los corazones de este país (sin distinción de hombres ni de damas, de jóvenes ni de ancianos, de estudiantes ni de iletrados) la nación activa y generosa que nos dió el ser, el recuerdo de los conquistadores que, gra-

cias á sus músculos de acero, colonizaron la América; en suma, la raza española.

La Universidad de Chile comprendió desde el primer momento que Altamira, á más de ser el portador de las saluciones y de los amistosos votos de la Universidad de Oviedo, lo era al mismo tiempo de los nobles anhelos de la patria á que pertenece; é impregnada de este convencimiento, se apresuró á abrir de par en par sus puertas á fin de que todos pudieran tributarle la expresión personal de sus afectos, como ha sucedido en las conferencias con que el ilustre profesor ha honrado esta casa; y ha querido igualmente, olvidando exclusivismos y preocupaciones, que en esta fiesta de despedida ocupen los asientos que les corresponden, maestros y alumnos, damas y caballeros, porque ha juzgado que con tal amplitud de criterio celebraría de una manera digna en el catedrático de Oviedo al heraldo de España.

Nuestra Universidad, señor Altamira, ofrece esta fraternal manifestación, con la certeza de que miráis sus aulas como propias y de que en día no lejano habéis de volver á ellas.

2

**Fragmentos del discurso del profesor
D. Roberto Huneus.**

Somos, señor, un pueblo joven que no puede, en consecuencia, alumbrar la senda de su porvenir con la sola antorcha de su pasado. Y como

tenemos ambiciones, precisamos del extranjero el concurso de las grandes tradiciones y de las bien comprobadas experiencias. Casi todo se halla entre nosotros en período de iniciación ó ensayo, y si hay poco que destruir, hay mucho que edificar. Necesitamos para ello no recaer en lo que habéis llamado el «vicio de la impaciencia». Es indispensable para ello recordar siempre que «jamás perdona el tiempo aquello que se hace sin su auxilio».

Habréis advertido que tenemos la mala costumbre de quejarnos del presente y de desconfiar del porvenir. Habréis hallado más Jeremías que Longfellows, y habréis oído menos cánticos de aurora que desfallecimientos de crepúsculo... Empezamos la vida; é inconscientemente desdeñosos de nuestra raza, torpemente infieles á nuestras glorias y desagradecidamente ignorantes de nuestro cielo, nos atormentamos con críticas injustas y con ambiciones exageradas. Hablamos con amargura de todo cuanto nos rodea, y vivimos como suicidándonos... Olvidamos que no dá sombra la encina recién plantada.

Vuestra doctrina, reconfortante y justiciera, está llena, señor, de estímulos y de esperanzas. Vuestra sabiduría, tan fácil y galanamente expresada, ha venido á soplar como brisa de primavera en la atmósfera de nuestros inviernos prematuramente artificiales. Como hombre de ciencia, creéis en los triunfos de sus armas. Nada os alarma, y aunque todo os emociona, nada os

exaspera. Y cuando oís maldecir la crisis de ideas ó de sistemas, tenéis razones y palabras para bendecir esas crisis como á factores saludables de combate y de progreso.

Pertenecéis, señor, á la escuela optimista, y porque á ella pertenecéis nos era vuestra presencia necesaria.

El optimismo no significa el aplauso, ni siquiera la resignación, ante lo defectuoso ó lo dañino. Se contrae á indagar las causas de los daños ó de los defectos con el propósito, si no de destruirlos, por lo menos de moderarlos. El optimista acoge el bien para aumentarlo, y acoge el mal para disminuirlo.

El pesimismo es una condenación de la ciencia en cuanto desconfía de sus victorias; y es una condenación de nuestra fuerza espiritual, en cuanto abate la excelsitud del origen y del término de la existencia. El pesimista, por no esperar, se convierte en egoísta, y es el egoísta el más testarudo, el más formidable parásito de la civilización contemporánea.

El progreso, por no ser espontáneo, no puede ser ni total ni repentino.

¿Con qué derecho entonces se urge á la ciencia la explicación absoluta y definitiva del pasado y del presente? ¿Con qué derecho se la apremia á anticiparnos súbitamente el porvenir? La ciencia indaga, pero no adivina. No se exigen milagros á los laboratorios...

Los impacientes del progreso, aquellos que

pretenden trabar embargo sobre la ciencia experimental, olvidan el número de siglos que las grandes ideas han debido recorrer antes de procurarnos el bienestar que nos prometían. ¿Se olvida, acaso, la historia del cristianismo? ¿Se ignora, acaso, la historia de esta libertad que, atributo indispensable del ser racional, si ya se encuentra universalmente proclamada, aún no se encuentra universalmente conseguida?

Haced pesimista á Colón, y hubiera regresado con sus carabelas en la mitad de su camino para entregar á su reina un escéptico más en lugar de un mundo nuevo.

Con razón dijo el poeta:

«Quien no espera vencer ya está vencido.»

Saludamos en vos al sabio á la moderna: sencillo, sentimental, franco, y al alcance de todos. El sabio era, hasta hace poco, un ser inabordable y semi-misterioso que, recluso en su celda ó en su laboratorio, no se comunicaba ni personal ni directamente con sus semejantes. Los sabios de hoy viven en comunión con todo el mundo; intervienen teórica y prácticamente en el mejoramiento de los hombres; levantan el nivel material, moral é intelectual de los humildes y desgraciados, y capacitan á sus pueblos para una más fácil y adecuada consecución de sus destinos.

Corta ha sido vuestra visita; pero la habremos de prolongar nosotros mediante la práctica de

vuestras ideas y mediante el recuerdo, siempre agradable, de vuestra distinguidísima persona.

Cuando volváis á España seguiréis trabajando por nuestro acercamiento intelectual; y como es ese también nuestro propósito, españoles y chilenos diremos con Menéndez y Pidal:

«Luchemos por apretar
el lazo que nos adune
para el común bienestar,
que si nos separa el mar,
también ese mar nos une.»

3

**Discurso del señor Rector de la Universidad,
D. Valentín Letelier.**

Señoras y señores:

Cuantos nos sentamos alrededor de esta mesa desearíamos sin duda prolongar por tiempo indefinido, dentro de la cariñosa atmósfera de cordialidad que durante tres horas hemos respirado, la sabrosa é interminable charla en que estamos empeñados. Pero ya que no sería posible tener abierto hasta mañana este banquete, querría yo resumir brevemente, antes de que nos dispersemos, lo que en esta presente ocasión se ha dicho dentro y fuera del recinto universitario, con el exclusivo objeto de concretar en cuatro palabras los frutos de la misión que el Sr. Altamira ha traído.

El primero de estos frutos, el que por ser más palpable está á la vista de todos, es sin duda el estrechamiento de las relaciones de amistad entre las dos progresistas universidades de Oviedo y de Chile. Sólo aquellos que miran como un santo sacerdocio la educación de la juventud, pueden apreciar cuánto estimula y reconforta el saber que al otro extremo del mundo hay hombres superiores que viven empeñados en la misma tarea, que desde tan larga distancia nos miran trabajar con ojos amigos, y que en medio de los contrastes hacen llegar á nuestros oídos palabras amistosas de aliento para significarnos que no estamos solos, puesto que ellos nos acompañan.

El segundo fruto de esta misión es que la parte más progresista del personal docente de la República va á cobrar nuevos alientos, reforzada como ha sido por el apoyo y la autoridad moral de este insuperable maestro. Merced á la palabra serena y luminosa que durante cinco tardes ha cautivado nuestra atención, nuestro espíritu y nuestros corazones, para lo sucesivo podremos aprovechar el rico é inagotable caudal de experiencia que se ha acopiado en Asturias; porque en todo lo relativo al cambio de métodos didácticos y á la ampliación de la acción universitaria, sin acuerdo previo ambas Universidades vienen de tiempo atrás empeñadas en una tarea fundamentalmente análoga, como si la una hubiera tenido el propósito deliberado de remedar á la otra. Con la visita del Sr. Altamira, de consi-

guiente, este espíritu progresista ha recibido un refuerzo inapreciable y decisivo, porque ahora sabemos que las obras y reformas que se han acometido, cuyo éxito final ha podido juzgarse dudoso, rinden frutos de bendición que las justifican y les captan adhesiones.

Por último, el tercer fruto de esta visita habrá de ser, á la larga, el estrechamiento, en beneficio recíproco, de las relaciones entre Chile y España; porque no es dudoso que la amistad entre las Universidades se ampliará para convertirse en amistad entre los pueblos, y surtirá efectos comerciales, políticos y sociales que harán solidaria y común la prosperidad de los países de habla castellana.

Lo que á modo de inevitable consecuencia sobrevendrá en un futuro más lejano, apenas si es hoy lícito anunciarlo. Pero sin dejarnos guiar por vano optimismo, inspirándonos sólo en una clara visión del porvenir, podemos confiadamente esperar que, cuando aumenten en grado apreciable la población y la riqueza de la América latina y se estrechen más íntimamente las relaciones con la augusta progenitora de estos pueblos, la raza hispánica, dotada de tan ricas y generosas cualidades de adaptación que en los tiempos modernos ha sido la única que, sin destruir los elementos étnicos extraños, ha sabido asimilárselos y ganarlos para la civilización; esta raza hispánica, que está difundida por todos los climas y dividida en cien prósperas naciones, no

ocupará, por cierto, el último lugar entre las grandes razas dominadoras y civilizadoras del mundo.

Distinguidísimo colega: cuando salisteis de Oviedo os imaginasteis, sin duda, que os aventurabais en una empresa muy árdua, muy arriesgada y de éxito muy problemático: la de conquistar la amistad de estos pueblos. Hoy sabéis ya que la misión de conquistador es fácil para un grande espíritu que es un gran corazón, porque los pueblos, así como los hombres, se dejan ganar sin resistencias por la magnanimidad y el afecto.

Asimismo, desde que penetrasteis en nuestros valles, habréis recibido pruebas de que, á pesar del doloroso desgarramiento de 1810, para Chile no fué jamás indiferente la suerte de España, porque en cada caso le alegraron sus prosperidades, le enorgullecieron sus glorias, le entristecieron sus desgracias y miró como maestros propios á los grandes catedráticos de sus Universidades.

Pero á la vez habréis advertido que los chilenos sentimos y procedemos así, porque sabemos que para la hidalga España es motivo de satisfacción y de orgullo el contemplar la marcha triunfal que, á pesar de tantas caídas y contratiempos, llevan en la carrera del progreso estos pueblos, que en un siglo de grandes glorias ella echó al mundo desde lo más íntimo de sus fecundas y soberanas entrañas.

Termino poniendo en vuestras manos el diploma que os acredita como miembro honorario de

nuestra Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes, y una placa de bronce, que se ha fundido para perpetuar el recuerdo de vuestra visita á la Universidad de Chile.

4

Discurso del Delegado de la Universidad de Oviedo.

Señor Rector:

Señoras y señores:

El acto que habéis tenido la gentileza de organizar, y que ahora celebramos, así como los honores que habéis querido otorgarme, tienen para mí una significación que excede á las más altas satisfacciones personales; pues para mí son algo mejor que obsequios que comienzan y terminan en un individuo: son manifestaciones de simpatía y de fraternidad intelectual—también de hermanaje en el sentimiento—que, á través de un modesto representante, van á recaer en todo un pueblo, unido á vosotros por múltiples lazos que hacen indestructible la relación.

No es, es efecto, la Historia—ya de suyo respetable y, por de contado, superior á la voluntad humana, que no puede rehacerla—lo que tan solo nos une; es también la vida actual, la incorporación á vuestro presente de cientos de hombres que conviven con los vuestros en la tierra chilena y que, fecundizando su suelo, valorizando sus riquezas naturales, ayudando á su desarrollo inte-

lectual y artístico, colaborando en la formación de ambiente de trabajo, de honradez y de progreso, funden su alma peninsular con la americana, sin reservas y sin recelos. Y aun podría decirse que nos ligan también sueños generosos para lo futuro, en que la civilización de tronco ibérico, en lo más puro de ella, recobre, en la obra de la paz y de la civilización humana, el puesto que tiene, no sólo el derecho, sino el deber de ocupar perennemente.

Que vosotros lo entendéis así me lo prueba este hecho, verdaderamente interesante, que he observado desde el primer día de mi actuación intelectual en Chile: que no ha sido exclusivamente el mundo de los profesionales, el mundo de los universitarios y educacionistas, el que, penetrándose de la misión confiada al delegado ovetense, se ha agrupado alrededor de él y le ha prestado el calor de su adhesión; ha sido todo un pueblo, todo el pueblo chileno, en lo más selecto y en lo más significativo de sus presentaciones sociales y en la compleja reunión de todas ellas (desde el Gobierno, al que quedo tan agradecido, hasta las alumnas de las escuelas primarias), quien ha sancionado con su voto, libre y sincero, el ensueño ideal del alma española, que aún hace pocos meses nos parecía á los más atrevidos una bella pero quizá inaccesible visión de nuestros corazones; y habéis sido, sobre todo, vosotras, las damas chilenas, quienes con vuestro concurso entusiasta, sentido, venís á afirmar decisivamente el éxito

de esta nueva soldadura de aspiraciones generosas y gemelas.

No os digo esto por galantería. Creo que el mejor y más alto modo que un caballero tiene de rendir homenaje á una dama, consiste, ante todo, en no abrumarla con la vulgar y fútil galantería, que es lisonja á veces encubridora de menor respeto del que ellas merecen. No es galantería, pues, lo que voy á deciros. Yo creo que, en general, aun en aquellos países donde exteriormente la mujer aparece subyugada al hombre en el hogar, es ella quien manda y quien dirige, porque es poseedora, aparte otras calidades, de dos grandes fuerzas: el amor y la debilidad. No hay hombre fuerte que resista al amor de la madre y al amor de la esposa, si es bien nacido y de corazón sano; como no lo hay tampoco que no ceda y se doblegue al argumento de la debilidad, que son las lágrimas. Pero además de esto, que es de todos los siglos y de todos los lugares, yo he creído advertir entre vosotras una cosa que aún hace más seguro y alto vuestro reino, señoras: y es que, de una parte, habéis sabido realizar en vuestras familias, por natural movimiento de vuestro espíritu, aquel sabio consejo que Shakespeare dió en *La fierecilla domada* como fórmula para la armonía en el matrimonio, y en virtud del cual vosotras estáis, «ni más altas ni más bajas» que el hombre, sino á su mismo nivel, como compañeras verdad, colaboradoras en la obra de su vida, poseedoras no sólo de la facultad de amar-

lo, sino también de la ciencia de comprenderlo; y de otra parte, que vosotras habéis sabido vencer aquella egoísta limitación que con tan hermosas y sentidas palabras hubo de fustigar la santa mujer española que se llamó Concepción Arenal, y, por tanto, que no sólo sois, en lo más legítimo y alto de ese ideal, «la mujer de su casa», sino que prestáis vuestro concurso y os interesáis activamente en todas las grandes cuestiones humanas que, para vencer, requieren á menudo grandes sacrificios de satisfacciones personales; y siendo así, señoras, realizáis la más alta expresión del patriotismo sano, porque un pueblo en que el trabajo de las cosas fundamentales de la vida, que son las del espíritu, está confiado no más que á uno de los sexos, con apartamiento y tal vez hostilidad del otro, no podrá nunca caminar tan rápido como otro en que ambos trabajen de consuno.

Os diré todavía que vuestra presencia en este acto y en las conferencias me ha interesado, más aún que por lo que tiene de halagador para Oviedo y para mí, por lo que significa para la Universidad de Chile, y, en general, para la enseñanza chilena. Yo amo á vuestra Universidad por muchas razones: por lo que representa en la formación secular de vuestro espíritu; porque en ella trabajan, con ánimo desinteresado y noble, viejos amigos míos, de los más antiguos y tradicionales que la suerte me deparó en tierra americana, y también de los más sinceros amadores

del pueblo en que nació y del que ni en la más adversa fortuna tuvo la cobardía de renegar; y hasta por gratitud he de amarla, ya que ella ha sido la primera institución docente de América—con inclusión de las mismas que en los Estados Unidos me han otorgado honores similares—que se acordó de este modesto pero entusiasta americanista, para ligarlo á su claustro con un nombramiento de profesor *ad honorem*. Figuraos, pues, mi alegría al ver que ella también se ha emancipado de la desdichada condición de oficina de títulos profesionales, encerrada en su propio molde, y que ya hunde sus raíces en la sociedad chilena, que la ve como su casa matriz en el cultivo de los más altos placeres y las más graves ocupaciones de la inteligencia.

Otra cosa más he visto aquí, y quiero decirlo antes de sentarme: y es la similitud de espíritu que, en muchas cosas fundamentales, hay entre la enseñanza chilena y la que en España representa el espíritu de reforma.

Entre otras razones, señores, yo aconsejaría siempre los viajes como un medio de curación de la vanidad y del pesimismo. Los hombres y los pueblos solitarios, aislados, llegan, con sobrada facilidad, á creer que lo que ellos piensan y hacen es único en el mundo, así como á considerar que sus desgracias y defectos son exclusivos é irremediables, y sus anhelos y esperanzas no están compartidos, ni cuentan, pues, con el posible auxilio de otros cruzados de la misma causa. Los

viajes curan de todo eso. A los vanidosos y envidiosos les muestran que lo que miraban como obra exclusiva suya, hace tiempo está incorporada, por propio impulso, á la vida de otros pueblos, y que éstos han acertado, incluso, con formas más amplias, precisas y felices de resolver los problemas; á los pesimistas les enseñan que, para muchas cosas de la vida, «en todas partes cuecen habas», porque todos somos hombres, y que para las más altas y nobles empresas se puede tener la seguridad de encontrar, en todos los países, falanges de luchadoras que aseguran, en el conjunto humano, el triunfo final.

La Universidad de Oviedo no ha tenido necesidad de curarse de vanidades, porque no las padece; ni de pesimismo, porque bien ha demostrado que sabe sobreponerse á ellos.

Pero se complace en reconocer, por testimonio mío, que en Chile ha encontrado, no sólo compartidas muchas de sus ideas y de sus prácticas, sino superadas; y con eso no ha hecho más que confirmar, experimentalmente, la segura esperanza, que la iluminó desde un principio, de hallar en su viaje, á más de afectos y de sólida cimentación para su obra de fraternidad, enseñanzas múltiples que enriquecerán y fecundarán su modesta labor española.

Con todo esto, la primera parte de nuestra empresa está ya cumplida. Falta la segunda: que vosotros vengáis á visitarnos y á honrar la cá-

tedra ovetense con vuestra presencia y vuestra palabra.

Al agradecer una vez más, señoras y señores, universitarios y no universitarios, las sentidas deferencias que con el delegado de Oviedo habéis tenido—y espero que sepáis ya que él es de los que llevan el corazón en los labios,—brindo por que esta apretada convivencia espiritual que rápidamente se ha formado entre nosotros, no sea como un fuego de artificios, pasajera y resuelta en humo, ó como una inactiva florescencia del sentimiento, que anhela y no se plasma en actos, sino algo vivo, pertinaz y crecedor, cuyo primer inmediato efecto sea la venida á España de profesores chilenos, para que en mi país vean, no sólo por mi testimonio, lo que valéis en el orden de la inteligencia y también en el del sentimiento.

III

Informe enviado al señor Ministro de Instrucción Pública de la República de Chile.

Señor Ministro.

Cumplida la primera parte de la misión que me confió la Universidad de Oviedo, esto es, realizada mi visita á los centros docentes y de cultura social de Santiago de Chile; dadas las conferencias á que se tuvo la amabilidad de invitarme, y, sobre todo, establecidos en firmes lazos de relación y afecto personales, que ligan á los hombres perdurablemente y son la base mejor de empresas comunes, me corresponde exponer ahora á ese Ministerio, en su calidad de director y representante de la enseñanza pública chilena, el cuadro de otros medios prácticos que pueden servir más y más para satisfacer las aspiraciones de una mutua colaboración entre ambos países en el orden intelectual.

Algunos de estos medios he tenido ya el honor

de indicarlos en mis conferencias. Los resumiré aquí todos brevemente.

1.º La Universidad de Oviedo, que desde hace años remite á la Universidad de Chile sus *Anales* y demás publicaciones de carácter oficial, continuará este servicio y se ofrece á duplicarlo enviando los mismos impresos, así como muestras del material de enseñanza de que le sea posible obtener ejemplares, á ese Ministerio de Instrucción pública de Chile.

2.º Solicita, en cambio, la remisión regular de iguales objetos procedentes de los centros docentes chilenos y de ese Ministerio, permitiéndose indicar la importancia que para ella tienen, singularmente, las leyes de enseñanza, las tesis doctorales, los mapas y las colecciones de trabajos manuales que sirven de material en las escuelas, hechos por los mismos alumnos ó por iniciativa oficial.

3.º La Universidad de Oviedo se presta á ser en España órgano de comunicación y de información de los centros docentes chilenos, ya para ilustrarles respecto de candidatos para funciones escolares que puedan ser solicitados por Chile, ya para contribuir á la orientación y á la facilidad del cumplimiento de sus tareas en España (y en otros lugares de Europa, hasta donde le sea posible por medio de sus relaciones) de los profesores y alumnos chilenos que realicen viajes de investigación científica ó de ampliación de estudios. Este último servicio podría adquirir ciertas

proporciones de gran utilidad para el mejor aprovechamiento de las pensiones ó becas en Europa, el día que estas se amplíen y organicen habida cuenta lo necesario que es contar con inspectores y buenos guías para que los alumnos no malgasten su tiempo y sus esfuerzos en países extraños.

4.º Forma particular de ese trabajo en territorio español, es la que recomienda el indispensable conocimiento de la Historia Nacional sobre la base del descubrimiento, copia sistemática y organización de las numerosas fuentes que para Chile y para toda América atesoran el Archivo de Indias y el de Simancas, principalmente. Es en ambos, lo desconocido, todavía mucho más que lo visto y aprovechado; y como sin el saber preciso de aquella documentación, será siempre imposible escribir la historia de cualquier nación hispano-americana, y, como por otra parte, conviene á Chile la formación regular de un cuerpo de archiveros para los servicios nacionales, parece recomendable la creación en España de un Instituto histórico chileno (ó bien hispano-americano, nacido de la inteligencia entre todos ó varios de los Gobiernos de esos países), análogo á los que existen en Roma para la explotación de los archivos del Vaticano, y en relación con las cátedras de Diplomática de nuestra Facultad de Letras. El que suscribe ha expuesto noticias especiales sobre los aludidos Institutos de Roma, en su libro *Cuestiones modernas de Historia*, y desde luego se ofrece á colaborar, en representación

de la Universidad ovetense, á la mejor información práctica sobre este punto.

Estos son los medios que de momento ocurren al que tiene el honor de dirigirse al señor Ministro; aparte aquel fundamental que consiste en que profesores de la Universidad chilena visiten la de Oviedo, para dar en ella conferencias y para estrechar los lazos personales con nuestro profesorado, ansioso de que esto se realice y dispuesto á continuar sus visitas á Chile. La organización sistemática de este cambio de profesores, convendría establecerla por mutuo y formal acuerdo, en que se fijasen todos los pormenores.

Al señor Ministro corresponde decir, en su alto conocimiento de estas materias, si caben otros medios que los expuestos para la realización del fin de fraternidad que se busca. La Universidad de Oviedo se complacerá en saber de ellos y en prestarles su concurso.

Repitiendo, señor Ministro, mi más vivo agradecimiento por las deferencias con que se me ha distinguido en Chile, tengo el honor de ofrecerme con la mayor consideración y respeto su afectísimo y seguro servidor, *Rafael Altamira y Crevea*.

Salina Cruz 18 de Diciembre de 1909.

(Este mismo Informe, con algunas variantes, se envió también al señor Ministro de Justicia, Culto é Instrucción, del Perú. Véase el capítulo correspondiente.)

IV

Comunicación de la Asociación de Educación Nacional, que en Santiago de Chile ha iniciado y dirige la Extensión Universitaria.

El corto número de días que pude permanecer en Chile, y el gran número de conferencias, recepciones, banquetes y visitas á centros de enseñanza que en ellos se acumularon, me impidieron asistir á una de las sesiones dominicales de la Extensión Universitaria.

Juntamente lo deploramos la Asociación de Educación Nacional y yo. Aquella tuvo la bondad de dirigirme, con fecha 6 de Noviembre, una comunicación expresiva de ese sentimiento y en que se contienen los párrafos que transcribo:

«Nos permitimos enviar á usted una colección completa de *La Revista* y de las conferencias impresas de la Extensión Universitaria de la Asociación de Educación Nacional...

»Su conferencia sobre la Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo ha sido para